

ter razonable, valor de salvación, interioridad y norma exterior. Todo esto se encuentra en el libro de Duroux, con acopio de textos, interpretados, de ordinario, de manera convincente.

La parte más densa, y extensa a la vez, es sin duda la segunda, estructurada sobre la célebre triada *credere Deo, credere Deum, credere in Deum*. Y dentro del *credere Deo*, el estudio de "la resolución del acto de fe", con su fino análisis del *instinctum fidei* y de la función de los "signos evidentes" de la fe. No nos es posible detenernos más en los contenidos del libro. Sólo pretendemos recomendar vivamente su lectura, convencidos de que es la más coherente y exhaustiva exposición y análisis del complejo tema de la fe según Santo Tomás de que todavía hoy disponemos.

PEDRO RODRÍGUEZ

AA. VV., *Estudios sobre la Baja Edad Media*, Biblioteca "La Ciudad de Dios", Real Monasterio del Escorial (Madrid), 1977, 230 pp., 16,5 × 22,5.

Consta este volumen —el número 24 de la Biblioteca "La Ciudad de Dios", cuyo prestigio corre parejo a la buena revista de temas agustinianos que le da nombre—, de cuatro estudios: *Comentario inédito de Agustín de Favaroni a la Carta de San Pablo a los Filipenses*, firmado por Gonzalo Díaz; *Códice de los Diálogos de Ockham en la Biblioteca privada de los Padres Agustinos de El Escorial*, de José María Ozaeta; el estudio de Agustín Uña Juárez, titulado *Un pensador del siglo XIV: Walter Burley. Notas sobre su vida, obra e influjo posterior*; y, por último, el ensayo de Lucrecio Pérez Blanco sobre *Convergencias y divergencias en dos planteos medievales*.

El trabajo de Gonzalo Díaz sobre Agustín Favaroni († 1443), que consta de un estudio preliminar y la transcripción del largo manuscrito (ms 641 de la Biblioteca Angélica de Roma), constituye sin duda alguna una importante novedad para los especialistas en temas luteranos (concretamente para quienes se interesan por las fuentes en que pudo beber Martín Lutero). La tesis que puede sostener Gonzalo Díaz, después de una atenta lectura del manuscrito, es que: "estas y otras reflexiones del autor (Agustín de Favaroni) nos autorizan a afirmar de manera categórica que están equivocados quienes pretenden ver en este

eminente representante de nuestra escuela teológica agustiniana uno de los más inmediatos predecesores a la vez que inspiradores de las doctrinas erróneas de Lutero sobre la gracia" (p. 10). Se está refiriendo, en concreto, al juego de la libertad y de la gracia: para Favaroni, los actos humanos realizados bajo la acción operante de la gracia divina son, por supuesto, meritorios, por la sencilla razón de que son también *nuestros*. Y en la misma línea se expresa al comentar las intervenciones de Favaroni en el Concilio General de Basilea (sesión XXII), en las que fue sometida a dura prueba la ortodoxia de su doctrina.

El texto del manuscrito, que ocupa casi ciento treinta páginas impresas, está admirablemente transcrito según la ortografía clásica y puntuado conforme a las normas sintácticas hoy al uso. El latín de Favaroni es grato de leer. A pie de página el editor ha recogido, explicitándolas, las referencias implícitas a la Sagrada Escritura y las citas de teólogos medievales.

Uno de los temas más curiosos tratados por Favaroni, y que Gonzalo Díaz ha destacado en su presentación, lo constituye la discusión sobre la perfección que alcanzaron en vida tanto Moisés como San Pablo. El Maestro agustino dedica casi todo el capítulo tercero de su obra a estudiar el tema de la "perfección", partiendo de la contraposición entre las opiniones expuestas por San Agustín y por Orígenes. Todo parte del texto paulino: *Quicumque ergo perfecti sumus*. Para el Obispo de Hipona, sólo la Virgen María fue impecable, por una gracia especial, durante su estado de viadora. Para Orígenes, en cambio, San Pablo debió de alcanzar esa confirmación en gracia al final de su vida. La polémica le da pie a Favaroni para tratar extensamente la cuestión de la perfección adquirida en el *status* de viador, contemplada, no sólo desde el punto de vista del crecimiento de la caridad, sino también por lo que respecta a las cuestiones, estrictamente jurídicas, cuales son el estado de perfección de los religiosos y la condición de los obispos y de los presbíteros. Temas ciertamente interesantes para el historiador del Medioevo, que preanuncian las complicadas discusiones teológico-canónicas de Suárez y otros contemporáneos suyos, y que inició de algún modo Santo Tomás en su polémica con los Maestros seculares de París.

Agustín Uña ofrece una larga y documentada presentación de la figura, obra e influencia de Walter Burley († ca 1345), sacerdote secular inglés, estudiante en Oxford y París, y eminente

lógico, afincado en París posteriormente, contemporáneo de Ockham, con quien polemizó largamente. De este modo, Uña Juárez comienza a publicar los resultados de su amplia investigación sobre el siglo xiv, llevada a cabo bajo la dirección del Prof. Fernand Van Steenberghen (Lovaina), de la cual ha aparecido ya otro trabajo, titulado: *Aristóteles y Averroes en el siglo xiv. Las Autoridades mayores para Walter Burley*. I: *Aristóteles*, en la Revista "Antonianum" (1977), y ha anunciado otros, que se editarán en "La Ciudad de Dios" y que esperamos con curiosidad e interés.

Al hilo de la vida de Walter Burley, que fue —según nos dice Uña Juárez— injustamente olvidado por una buena parte de la literatura bajomedieval y renacentista, y que sólo en los últimos años comienza a ser redescubierto (Bochenski lo considera como figura capital para la Historia de la Lógica, casi al mismo nivel que el Aristóteles lógico), hemos podido vislumbrar toda la virtualidad de los esfuerzos intelectuales del siglo xiv, que es un siglo que se abre a una nueva época, con todos los titubeos propios de los esfuerzos de vanguardia. Burley destacó, además, no sólo como lógico, sino también como eminente comentarador de Aristóteles, pensador físico adelantado a su tiempo y escritor interesado por las cuestiones morales y políticas del xiv, momento, como se sabe, de grandes cambios en las concepciones sobre la organización política de la sociedad. Las afirmaciones de Uña se apoyan en una abundante bibliografía y en un aparato crítico satisfactorio.

Completan el libro que estamos comentando otros dos estudios. El de José María Ozaeta, de interés para los bibliófilos y los estudiosos de Ockham, analiza un incunable de la Biblioteca de El Escorial, que contiene los "Diálogos" del Doctor Inceptor, que compara con un manuscrito de la misma obra, que también se conserva en El Escorial. El ensayo de Pérez Blanco presenta dos *plantos*, uno de Ramón Llull y otro de Gonzalo de Berceo, muy semejantes en su estructura y en los temas tratados, aunque —como se deduce del estudio de Pérez Blanco— muy dispares en cuanto al fondo de los sentimientos, es decir, por lo que respecta a la manifestación de lo que cada uno lleva dentro de sí.

JOSÉ IGNACIO SARANYANA